

Cotidianidad en guerra: el combatiente peruano en la serranía durante la campaña de la Breña a través de sus registros testimoniales (1881-1883)

Everyday life in war: the Peruvian fighter in the serranía during the La Breña campaign through their testimonial records (1881-1883)

RECIBIDO: 31 DE MAYO DE 2024 | REVISADO: 17 DE SETIEMBRE DE 2024 | ACEPTADO: 24 DE SETIEMBRE DE 2024

ARAMIS LÓPEZ CHANG¹

ABSTRACT

This research focuses on reconstructing the daily life of Peruvian troops during the Breña Campaign, a period of the War of the Pacific in which Peruvian forces led by General Andrés Avelino Cáceres faced three Chilean military expeditions in the mountainous area between April 1881 and July 1883. Unlike most studies that mainly address the political-military aspects of the campaign, this article emphasizes the rhetorical and discursive study of the actors involved, based on the daily experience of war through their testimonial records. Using as a methodological strategy a variety of sources, such as letters, memoirs, campaign diaries, communications from war correspondents, official documents and observations by foreign travelers, the study examines how soldiers and other actors perceived and described their survival strategies, food, environment and the violence exercised on the enemy. The article concludes that this campaign was the longest and most difficult of the entire Pacific War, due to the extreme living conditions and the unconventional nature of the war in a geographically challenging and hostile terrain for both Peruvian and Chilean forces.

Keywords: daily life, combatant, Breña Campaign, Pacific War, war experience, testimonial records

RESUMEN

Esta investigación se centra en reconstruir la vida cotidiana de las tropas peruanas durante la Campaña de la Breña, un período de la Guerra del Pacífico en el que las fuerzas peruanas lideradas por el general Andrés Avelino Cáceres se enfrentaron a tres expediciones militares chilenas en la serranía entre abril de 1881 y julio de 1883. A diferencia de la mayoría de los estudios que abordan, principalmente, los aspectos político-militares de la campaña, este artículo pone énfasis en el estudio retórico y discursivo de los actores involucrados, basándose en la experiencia cotidiana de la guerra a través de sus registros testimoniales. Utilizando como estrategia metodológica una diversidad de fuentes, como cartas, memorias, diarios de campaña, comunicaciones de corresponsales de guerra, documentos oficiales y observaciones de viajeros extranjeros, el estudio examina cómo los soldados y otros actores percibían y describían sus estrategias de supervivencia, la alimentación, el entorno y la violencia ejercida sobre el enemigo. El artículo concluye que esta campaña fue la más prolongada y difícil de toda la Guerra del Pacífico, debido a las extremas condiciones de vida y la naturaleza no convencional de la guerra en un terreno geográficamente desafiante y hostil tanto para las fuerzas peruanas como para las chilenas.

Palabras clave: vida cotidiana, combatiente, Campaña de la Breña, Guerra del Pacífico, experiencia bélica, registros testimoniales.

¹Filiación Institucional: Universidad Nacional Federico Villarreal.

Lima, Perú.

Correspondencia: aramislopez1497@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5691-4555>

DOI: <https://doi.org/10.24039/rcv20241221783>

Introducción

El sargento segundo Esteban Martel Meza, natural de Junín y excombatiente peruano de la Guerra del Pacífico, narró sus reminiscencias en un expediente militar en busca de una ansiada pensión que le ayude en su vejez por parte del Estado peruano. Dicho legajo testimonial se encuentra en el Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares y en él se desglosa la motivación central de su relato, donde enuncia las funciones que desempeñó durante la guerra: en primera instancia como guerrillero de Comas en el combate de Sierralumi y posteriormente con el grado de sargento segundo en los combates de Concepción y Condorsinja. Asimismo, Esteban Martel señaló que, si bien la historia “se escribe o se conoce a través de documentos o relatos”, el recordar los hechos en los que uno mismo ha sido actor, “tiene el profundo significado de esclarecer la verdad de los acontecimientos y esta reviviscencia o relato constituye precisamente un punto básico para hacer verdadera historia” (1940, p. 1).

Testimonios como el antes citado nos permiten aproximarnos a la dimensión humana de la Guerra de 1879, accediendo a temáticas que escapan de las relacionadas con la conducción político-militar del conflicto y que dan paso a las vivencias y al sentir de los individuos de tropa que participaron en ella. Pero dichos testimonios vivenciales escritos carecerían de sentido si no son contrastados y enmarcados dentro del desarrollo del conflicto trinacional, dejando de lado lo meramente anecdótico para centrarse en la reconstrucción histórica de las condiciones de vida, acción y emotividad de los sujetos históricos a estudiar. Es bien sabido que las anécdotas no deben ser despreciadas ni rechazadas por el investigador, pero sin una adecuada generalización, un contexto analítico profundo y la comprobación de una hipótesis sobre el tema, seguirían siendo solo una simple narración lineal de hechos.

Considerando que, a través de la documentación personal y las crónicas de guerra, los redactores crearon su propia historia en medio de los intersticios de un conflicto o posterior a este y aparecen “en su dimensión común y corriente, dejando de lado en muchas oportunidades a los héroes inmortales, generales victoriosos, los estrategas encumbrados o los estadistas visionarios” (Ibarra, 2018, p. 214). De este modo, la narración de experiencias personales debe entenderse en relación con su marco inmediato: a quién, para quién y para qué se cuenta la historia. Asimismo, debe tomarse en cuenta la supeditación a las limitaciones y

recursos de la memoria, en la que se mezclan vivencias, creencias y significados añadidos que van tomando relieve, mientras se omiten otros. Dado que en dichos diarios, memorias, cartas y crónicas se mezcla lo personal, lo literario y lo histórico, al ser tomados como “documentos históricos” nos ofrecen el punto de vista de alguien que escribe en primera persona, convirtiéndose así en el sujeto y objeto de la narración (Carrera, 2015).

Es por esto que, para un adecuado análisis de las vivencias y el accionar en guerra, además de la naturaleza del combatiente, el historiador debe “resistirse a toda manifestación emocional al afrontar la complicada emotividad de la guerra” y, por otro lado, debe tener en cuenta que “una cierta exploración de las emociones de los combatientes resulta esencial para el autor de historia militar que pretenda hacer un relato veraz” (Keegan, 2013, p. 30). Dicha exploración de las emociones de los combatientes se logra con un adecuado manejo testimonial escrito, considerando las limitaciones de la visión del combatiente, el marco temporal en el que escribe el relato y su intencionalidad. Por ello, las fuentes escritas mucho más fiables para el desarrollo de nuestro trabajo deben ser los diarios de campaña y las cartas personales, no sin antes considerar un adecuado “cuestionamiento de las fuentes” que implique:

[...] la necesidad de trabajar metodológicamente, los testimonios no para rescatar el valor y heroísmo, que conscientemente exponen en sus crónicas y testimonios, sino que sus miedos y aquello que quizás no deseándolo, al no omitirlo nos permite entender su pasado y contexto (Coronado, 2012, p. 34).

Por otro lado, el estudio de la “cotidianidad en guerra”, profundiza su análisis no solo como un conjunto de hechos sociales aislados y/o anecdóticos de un grupo humano en una coyuntura bélica determinada; sino en la reconstrucción histórica de sus condiciones de vida, acción y la emotividad de los sujetos históricos a estudiar. Resaltando que, es en el estudio de lo cotidiano, donde se encuentra un cauce para comprender el pasado de la gente que había estado marginada de la historia, gente que ya no debería identificarse como masas, sino que podría tener su propio rostro y personalidad. Por lo tanto, la vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro del acontecer histórico, interesada en penetrar a las personas en su individualidad con sus sentimientos y creencias (Gonzalbo, 2009, p. 20).

De este modo, el concepto de “vida cotidiana” no debe comprenderse solo como un estudio aislado de los actos rutinarios de las personas como el comer, dormir, vestirse, trabajar, estudiar, etc. Sino que, implica ampliar los horizontes del pensamiento y estudiarlo como el espacio donde los seres humanos construyen y despliegan la subjetividad e identidad social. Subjetividad entendida como, el proceso de formación personal en base al punto de vista propio e intereses particulares, asimismo, la identidad social, conformada a partir de la influencia de instituciones dominantes como la familia, la educación, la religión, la sociedad civil, los medios de comunicación y el aparato estatal. Los cuales, mediante procesos de socialización, transmiten una serie de valores, actitudes, costumbres y tradiciones, que se incorporan en los modos de vida de los seres humanos (López Chang, 2021, pp. 210-211).

En síntesis, la cotidianidad se compone fundamentalmente del conjunto de acciones y conocimientos que se organizan en tiempos y espacios para que los actores sociales perpetúen los rituales que aseguran la continuidad del orden establecido. Desde esta perspectiva, los momentos de ruptura o excepción de lo rutinario, como un conflicto bélico, al fracturar lo repetitivo, que es la base de la cotidianidad, no podrían pertenecer al ámbito de lo cotidiano. Sin embargo, siguiendo lo planteado por Flores Carreño (2018), al incluir esas particularidades de la vida diaria, se crean espacios y tiempos para la excepción, otorgando de sentido a esas circunstancias extraordinarias y llevándolas al ámbito de lo cotidiano. Por lo tanto, se propone ver lo cotidiano no solo como el constante devenir de acciones repetitivas, sino también como un conjunto de innumerables fragmentaciones de la rutina que consiguen influir en la vida diaria y que, con ello, se ganan un lugar en el orden de lo cotidiano (p. 16).

Por otra parte, la renovación teórico-metodológica en el estudio de los conflictos bélicos ha impactado en la historiografía de la Guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile contra Perú y Bolivia entre 1879 y 1884. De este modo, los temas ahora van más allá de la dimensión político-militar del conflicto y ya no se limitan al ámbito de la historia militar como ocurría en los estudios de Paz Soldán (1979), Basadre (2015) o Dellepiane (1941); sino que han despertado el interés de las ciencias sociales. Esto ha llevado a una ampliación significativa del campo de estudio de la guerra, con la apertura de nuevas líneas de investigación que buscan incorporar enfoques teóricos y metodológicos que van desde el análisis de las estructuras materiales hasta

el estudio de la cultura, la subjetividad de los actores sociales y sus representaciones. Por lo tanto, al explorar diversas temáticas y experimentar con dichos enfoques innovadores, los estudios sobre la guerra de 1879 han abierto nuevos caminos historiográficos a la luz de la historia social y cultural, incluyendo aspectos como la cotidianidad, sensibilidades y emociones de los protagonistas militares y civiles, tal como se observa en los trabajos de Ibarra y Morong (2018), Chaupis y Tapia (2018), González (2019), López Chang (2021), González y Llantén (2024), Chaupis (2024) e Ibarra (2020).

Por ende, en base a estos antecedentes, la problemática de este artículo es el abordaje de la cotidianidad del combatiente peruano en la serranía durante la Campaña de la Breña, en el contexto de la Guerra del Pacífico, de abril de 1881 a julio de 1883, desde el enfoque personal-subjetivo de sus protagonistas. Siendo en los registros testimoniales, donde se encuentra la visión que tuvieron sus actores respecto a las estrategias de sobrevivencia desplegadas en un ambiente hostil como la serranía peruana; su alimentación rutinaria; la descripción del entorno geográfico y cultural; los lazos que establecieron con sus camaradas de armas, producto de una vida de campaña en común; el encuentro con el enemigo; así como, las consecuencias emocionales experimentadas en el fragor del combate. Por consiguiente, buscamos respuesta a las siguientes preguntas de investigación: ¿Cuál fue el contexto histórico en el cual se desarrollaron los hechos concernientes a la Campaña de la Breña (abril de 1881 a julio de 1883)?, ¿cómo el estudio retórico y discursivo del registro testimonial de los actores involucrados nos permite acercarnos a la experiencia cotidiana de la guerra? y ¿cómo se vivió dicha cotidianidad en guerra por parte de los combatientes peruanos durante la Campaña de la Breña (abril de 1881 a julio de 1883)?

Método

Es una investigación histórica del tipo descriptivo argumentativa. En la cual, se precisa, se describe y se argumenta la relación entre variables. Asimismo, la precisión de las variables se realiza a partir del marco teórico (historia de la vida cotidiana) y de los antecedentes historiográficos antes expuestos. Mientras las descripciones y relaciones se desarrollan a partir de los aportes de las fuentes históricas analizadas. En cuanto al ámbito temporal de investigación, esta abarca fines del siglo XIX, específicamente entre los años de 1881 a 1883 que corresponden a los preparativos y el accionar

militar de las fuerzas peruanas lideradas por el general Andrés Avelino Cáceres en la serranía, principalmente central y norte del país, conocida comúnmente como la “Campana de la Breña”.

Para el abordaje de las voces de los combatientes peruanos durante la Campana de la Breña entre abril de 1881 y julio de 1883, se recurre como estrategia metodológica a los distintos recursos testimoniales producidos por soldados y oficiales como las cartas, memorias y diarios de campaña, en los cuales reconstruyeron desde su perspectiva personal las vivencias y experiencias de los ejércitos en contienda. Además de las comunicaciones vertidas por los medios de prensa, los oficios gubernamentales, partes de guerra e informes de observadores militares y viajeros extranjeros. Por otra parte, se efectuó un estudio de bibliografía especializada en torno a la historia de la vida cotidiana, la historia social de la guerra y la campaña militar de la Breña.

Y a partir de esta multiplicidad de voces contenidas en los registros testimoniales, se tratará de aproximarse a la dimensión humana de la guerra de 1879, accediendo a temáticas que escapen de las relacionadas con la conducción político-militar y den paso a las vivencias y al sentir de los individuos de tropa que participaron en ella. En suma, los recuerdos de los destacados en el frente de batalla, acopiados en los registros escritos, permiten recorrer no solo los escenarios convencionales de toda contienda bélica, sino que también ayudan a destacar las vivencias de un puñado de hombres que lucharon por conservar el recuerdo de su gesta, además de la propia vida.

Resultados

Génesis de la Campana de la Breña: La resistencia peruana en la serranía (abril de 1881- julio de 1883)

Lima, la capital de la república peruana, cayó en poder de las tropas chilenas después de las batallas de San Juan y Miraflores, siendo ocupada formalmente el 17 de enero de 1881. Sin embargo, dicho acontecimiento no se tradujo en un dominio total del país. Ante esto, el mando político-militar chileno consideró de suma importancia eliminar los focos de resistencia peruana, inicialmente aislados, para la consecución de un tratado de paz favorable a sus intereses. Es en este contexto que el general peruano Andrés Avelino Cáceres, aún convaleciente de una herida en la pierna sufrida en la batalla de Miraflores, decidió internarse en

la serranía peruana para iniciar una resistencia militar organizada al invasor chileno. Como él mismo señalaría en una misiva enviada a un prefecto en abril de 1881, era preciso “oponer al invasor la mayor resistencia posible, aprovechando de los obstáculos naturales y tratando de hacer comprender al enemigo, que aún después de nuestros desastres, es el Perú bastante temible para el que pretenda humillarlo” (Cáceres, 1921, pp. 155-156).

Resultaba evidente que la guerra había entrado en una nueva fase de lucha, en la cual cada beligerante perseguía objetivos distintos. El mando político chileno esperaba que la imposición de altos impuestos financiara al ejército de ocupación sin afectar la economía chilena, y que esta medida forzara a la clase política peruana a buscar la firma de un tratado de paz que incluyera la cesión permanente de Tarapacá. En cambio, el foco de resistencia peruana, liderado por el general Cáceres, dio inicio a “guerra en pequeño” o “de guerrillas”, lo que le permitiría ganar el tiempo necesario para formar y adiestrar a sus primeras tropas regulares. De este modo, una vez que estas tuvieran el suficiente volumen y consistencia más o menos regular, adoptarían formalmente una posición defensiva “dentro del marco de una estrategia de desgaste, hasta alcanzar la fuerza indispensable para pasar en una oportunidad propicia, a una vigorosa contraofensiva que pudiera darnos el triunfo o las ventajas apetecidas” (Cáceres, 1973, p. 97).

Dicha campaña militar, conocida comúnmente como la Campana de la Breña, comprendió desde mediados del año 1881 hasta julio de 1883. Participaron en ella un ejército de línea formado por Cáceres, el cual tuvo como base a los dispersos del antiguo ejército regular peruano, como a voluntarios enrolados de las ciudades serranas y una variedad de cuerpos guerrilleros, destinados a operar con una marcada hostilización al enemigo durante su incursión en la región. Mientras el mando político-militar chileno desde Lima, despacharía tres expediciones militares con rumbo a la serranía peruana, la primera al mando de Ambrosio Letelier, caracterizada por corrupción y violencia indiscriminada contra los indígenas y las otras dos al mando del coronel Estanislao Del Canto y el comandante Marco Aurelio Arriagada respectivamente, con un único objetivo, aplastar el foco de resistencia encabezado por el general peruano, constituido en el obstáculo principal para la firma de la paz.

Para destacar algunos hechos de armas durante esta campaña, tenemos: Sánger, Sierralumi, Pucará, Marcavalle, Chupaca, Ñahuimpuquio, Acostambo

y Concepción. No obstante, esta campaña militar culminó con la batalla de Huamachuco el 10 de julio de 1883, donde las fuerzas peruanas fueron derrotadas por falta de municiones. Específicamente sobre la campaña militar, Florencia Mallon (1990) afirma que Cáceres y sus partidarios dedicaron mucho tiempo y energía a recorrer comunidades y pueblos de la serranía, exhortando a sus habitantes en español y en quechua para que contribuyeran con sus recursos, se enrolaran como voluntarios para un nuevo ejército regular y formasen partidas guerrilleras. Así, se apoyaron en pequeños comerciantes, campesinos ricos e incluso curas de parroquia con conexiones en el campesinado, intentando construir un “frente nacionalista pluriclasista, que debía mantenerse unido a través de vínculos personales y de clientelaje, así como por la común amenaza de la ocupación chilena” (p. 226).

Es así como la mencionada amenaza común se hizo presente en la primera expedición militar chilena enviada a la serranía peruana, cuyo objetivo era la defensa del hospital de convalecientes de Chosica, la neutralización de fuerzas peruanas que pudieran organizarse para una resistencia armada y la ocupación del estratégico departamento de Junín. Aunque dicha expedición, bajo el mando del comandante chileno Ambrosio Letelier, aparentemente tenía solo objetivos militares, se constituyó en una operación de saqueo, con altos niveles de descontrol, violencia y corrupción donde no escasearon las matanzas de campesinos que, hostigados y saqueados por los invasores, se defendieron con sus escasos medios. Sobre estas acciones desmedidas, un testimonio peruano relata que las fuerzas chilenas en su paso por Cerro de Pasco:

Reunieron oro en gran abundancia. Las barras de plata, la plata sellada, los frascos de azogue y los metales de buena ley, se acumularan por pearas. Los billetes se ensacaban en costales con un desdeñoso cuidado. El ganado se arreaba de las estancias por rebaños o, como dicen los chilenos, por piños (Milón Duarte, 1983, p. 19).

Constituyéndose como una de las consecuencias principales de esta expedición, el desencadenamiento directo de la participación armada campesina en defensa de sus comunidades contra los invasores que alteraron su entorno natural y cotidiano con una violencia desmedida. Aunque al principio dominó el miedo, los indígenas, conforme se fueron desarrollando los hechos, comenzaron a mostrar una disposición activa y se enfrentaron resueltamente al ejército chileno,

aunque el costo de sangre fue terrible. Sobre este despertar campesino, Luis Milón Duarte, terrateniente peruano, desde una óptica anticampesina, señalaría que estos:

Sintieron el calor del patriotismo, sólo cuando la invasión les tocó sus reducidos patrimonios; la vaca, la ovejita, la gallina, la sementera y sobre todo los accesos brutales contra sus mujeres. Que los fuegos y rayos de la guerra esparcen semilla de la civilización, lo confirman las expediciones chilenas, sin cuya presencia en las soledades de los Andes, los indios habrían seguido indolentes, fríos y estólidos la ruina de la patria, con tal que el invasor siguiera torturando sólo a los blancos (Milón Duarte, 1983, p. 34).

Si bien, lo enunciado por Milón Duarte tiene algunos atisbos de verdad, como que la serie de abusos y vejaciones a la cual estuvieron sometidos los campesinos hicieron posible que miles de ellos se levantaran y vieran en Cáceres a un protector o aliado en contra de un enemigo común. Dicha visión parte de una óptica negativa y generalizadora en la cual se pretende desmerecer la participación de miles de indígenas peruanos en las campañas militares precedentes, en las cuales desplegaron valiosas acciones en defensa de la patria, como lo hemos reseñado en investigaciones anteriores (López Chang, 2018). A su vez, un razonamiento similar al del hacendado peruano fue expuesto por el coronel chileno Del Canto (2004) en su comunicación al Estado Mayor General, donde consignó: “Los indios de estas sierras se han levantado por los cuatro vientos, porque más que su Dios y su vida, defienden a sus animales” (p. 165).

Entre la serie de abusos y exacciones obligatorias impuestas por el ejército chileno en la serranía peruana se destacaron los “cupos” o contribuciones señaladas por cada jefe de guarnición chilena a las poblaciones que estaban dentro de su jurisdicción. Siendo los alcaldes de las diferentes poblaciones, los encargados de designar las cuotas que los propietarios y hacendados debían pagar semanal o mensualmente para proveer de alimentos a la tropa y oficiales chilenos. Generalmente, las poblaciones rurales contribuían con productos en “crudo” como víveres, ganado, forraje y leña, mientras que a las áreas urbanas se les exigía dinero en efectivo, bajo la amenaza del uso de la fuerza en caso de incumplimiento. Aunque al principio no hubo problemas con la recaudación de estas contribuciones o “cupos”, con el paso del tiempo surgieron dos graves problemas: primero, la malversación por parte de los

recaudadores y la aplicación arbitraria de las cuotas, sobrecargando a quienes tenían menos o viceversa; y segundo, la resistencia de la población a entregar dichas contribuciones (López Chang, 2021, p. 221).

Por consiguiente, como resultado del incumplimiento y la resistencia, diversos destacamentos chilenos comenzaron a incursionar con mayor frecuencia en los pueblos de la sierra, tomando por la fuerza los víveres y animales necesarios, lo que llevó a una serie de atropellos como robos, saqueos, asesinatos, incluidos el ultraje de mujeres. De esta manera, la brutalidad de las incursiones chilenas hizo que los campesinos comprendieran que estaban enfrentándose a una destrucción sin precedentes, lo que explica claramente por qué muchos de ellos vieran a Cáceres y a su ejército del Centro como protectores o al menos como aliados en la lucha contra un enemigo en común. Como resultado, los destacamentos chilenos aislados que incursionaban en los caseríos corrían el riesgo de ser liquidados o diezmados, desatándose una espiral de violencia en la sierra peruana. Sobre esto, la esposa del general Cáceres, en sus memorias, narraría cómo, al pasar por el poblado de Ñahuimpuquio, el cual había sido asolado por una partida chilena y luego contrarrestado por los guerrilleros, estos orgullosos y fieros le dirían:

Ven, mamay, para que veas cómo hemos castigado a los chalinos -que nos han asaltado; ven a ver sus cabezas en las picas. Las hemos puesto afuera del pueblo, para que todos sepan lo que haremos con los enemigos de nuestra tierra (Moreno de Cáceres, 1976, p. 76).

Entonces, con estas condiciones favorables, el líder de la resistencia peruana, con el cargo de Jefe Político y Militar del Centro, procedió a organizar su ejército, contando para ello con dos elementos. En primer lugar, el ejército de línea, que tuvo como base a los dispersos restos del antiguo ejército regular peruano. Estos cuerpos, diseminados por toda la república, marcharon después para reunirse bajo las banderas del jefe del Centro. Además, se enrolaron a los jóvenes y notables de las ciudades serranas para que ocuparan cargos tanto en la oficialidad como en la tropa de estos cuerpos militares. En segundo lugar, se conformaron cuerpos guerrilleros destinados a operar militarmente con una marcada hostilización hacia el enemigo. Estas unidades se constituían en partidas pequeñas y no debían ofrecer combate formal a menos que estuvieran en una posición geográfica favorable y contaran con el factor sorpresa. Respecto a las partidas guerrilleras, un viajero uruguayo

que acompañó al ejército chileno en la Campaña de la Breña afirmó que estaban:

Destinadas a operar en las quebradas fronterizas a los pueblos de su residencia, siempre que alguna división chilena operara en los alrededores; prestaban también estas columnas [guerrilleras] el servicio de espionaje, dando aviso al cuartel general de la dirección de las fuerzas enemigas, su número, efectivo etc., al mismo tiempo que retiraban los ganados, arrasaban el camino, derrumbaban los canales, y como no cargaban uniforme militar alguno, se introducían entre el enemigo, sin que pudiera jamás establecerse la identidad entre los indios todos parecidos, y que apenas conocen algunas palabras del idioma castellano (De la Isla, 2017, p. 119).

Por otro lado, un importante factor que explica el importante respaldo significativo que recibió el general Cáceres de las diversas comunidades campesinas radicaba en las indicaciones precisas que proporcionaba sobre la conformación de guerrillas. Estas debían constituirse en partidas de pocos hombres, teniendo como líder al individuo de mayor prestigio dentro del poblado. A su vez, este líder elegía a sus comandantes y subordinados para la acción, según las opiniones de los demás integrantes de la partida. Esto generaba una aceptación voluntaria por parte de la gente hacia la más completa obediencia. Además, se instruía a las partidas de guerrilleros a brindar siempre un trato respetuoso a la población civil, con el fin de ganarse su colaboración y estima en la comunidad o localidad incursionada (Castro, 1982, p. 25). Sobre el trato respetuoso a la población civil, es interesante un episodio narrado por la esposa del general Cáceres, en el cual la hacendada Margarita Lozano había ocultado a sus hijas en las cimas de los cerros aledaños por temor a las tropas. Ante esto, el general peruano exclamaría: “yo no conduzco una banda de forajidos, sino un ejército disciplinado que lucha por el honor del Perú. No tenía usted nada que temer” (Moreno de Cáceres, 1976, p. 53).

Por consiguiente, el respaldo de las comunidades campesinas a la figura del general peruano pudo ser capitalizado en aras de la resistencia que este encabezaba contra las fuerzas chilenas en esta campaña militar. Dicho respaldo y reverencia a Cáceres puede verse reflejado en que algunas comunidades de las serranías lo llamaban en quechua con el título de “tayta”, que significa “padre” y de rodillas querían besarle las manos. Según Moreno de Cáceres (1976): “Para los indios, Cáceres

era la reencarnación del Inca; por eso se postraban ante él, pero a Cáceres no le gustaba este tributo” (p. 47). Asimismo, por citar otro ejemplo, a principios de mayo de 1881, los vecinos del pueblo de San Juan de Jarpa, del distrito de Huancayo, dirigieron la siguiente nota al líder de la Breña y que creemos conveniente citar en su totalidad:

De sus hijos compatriotas del distrito de San Juan de Jarpa. Decimos nos, los que hemos quedado en este Distrito de San Juan de Jarpa y ponemos en conocimiento de Usía, los que somos Contribuyentes. Que nos hallamos prontos a marchar donde ese Superior Gobierno nos ordene, a defender a nuestra patria como buenos patriotas; esperamos que Usía, nos ordene, desde qué edad podemos salir y darnos órdenes, para los que no quieran presentarse para infiscar [sic] con sus bienes. Y se dignase Usía mandarnos dónde será la guerra y cuándo, para ir donde Usía nos mande y pedimos y suplicamos que como Padre, que después de Dios es Usía, para que nuestras familias y criaturas pequeñas, hagamos retirar y que no esperen nuestros hijos pequeños ni nuestras mujeres, con tiempo. No firmamos todos los que suplicamos, por hallarnos, en estas punas nuestras, en casas retiradas como Usía no ignora de conocer este distrito pero por los apuros que nos hallamos, sólo firman los señores Gobernadores y principales de este Distrito.- Feliciano Cessen, Ascencio Dávila, Antonio Cerrón, Casimiro Pando, Matías Lapa, Eugenio Dávila (Cáceres, 1921, p. 176).

Como se puede evidenciar en la nota enviada, hay varios elementos por destacar. En primer lugar, se demuestra cómo los indígenas se presentaban como hábiles colaboradores en la causa de la resistencia al invasor. En segundo lugar, se refleja la imagen proyectada del general Cáceres como el “protector” o “padre” de sus comunidades, mujeres e hijos frente las incursiones chilenas. Por ende, ante estos requerimientos de las poblaciones, el líder de la resistencia busca intensificar el rechazo al invasor con los pocos medios que tenía a su alcance. Sin descuidar el frente comunicacional, dirigía pronunciamientos hacia la población serrana en los cuales transmitía un mensaje de tranquilidad e instaba a la unión general contra el enemigo, como se puede ver en el siguiente extracto de su proclama a los habitantes de Junín, fechado en 18 de junio de 1881:

Después de algunos meses de ansiedad y de haber visto mancillado el departamento por el invasor, emprende éste su retirada y os deja tranquilos. El

enemigo que ha saqueado vuestras propiedades y talado vuestros campos, vuelve hoy a Lima, llevado delante de sí, el fruto de sus depredaciones. Tranquilamente ha recorrido vuestras provincias, aprovechado que estabais desarmados; pero algún día llegará la hora de las reparaciones. Para ello se necesita unión y resolución. Con estas dos virtudes se salvan las naciones y con ella os salvaréis vosotros; no lo dudo (Guzmán Palomino, 2000, p. 118).

Del debate de la “cuestión nacional” a la cotidianidad en medio la Campaña de la Breña (abril de 1881- julio de 1883)

Esteban Martel Meza, José Martínez Arbulú y Mariano Meneses, excombatientes peruanos de la Campaña de la Breña, en sus expedientes personales donde solicitaban una pensión por los servicios prestados al Estado, rememoraron dicha campaña militar desde diferentes perspectivas. El primero, consignó cómo el general Cáceres, con la estrategia de guerra de guerrillas, “hizo palpar el alma de la sierra y cuando se flameó en alto el esfuerzo heroico y tenacidad sobrehumana de los indígenas, hombres, mujeres y niños afrontamos con nuestras vidas la defensa del suelo patrio” (Martel, 1940, p. 1). Para el segundo, la campaña militar fue el principio de la “epopeya del Centro de homéricos episodios”, en la que “se dieron cita los patriotas de uno y otro ámbito, jurara sobre la naturaleza virgen de nuestro territorio la defensa de la República” (Martínez, 1940, p. 2). Mientras el tercero, culminaba su remembranza de la campaña afirmando que “al evocar estos episodios, siento una satisfacción infinita al pensar que me tocó la suerte de cumplir con mi deber defendiendo a mi querida patria, por la que estoy siempre resuelto a sacrificar la vida” (Meneses, 1950, p. 9).

De esta forma, los tres registros testimoniales antes citados, tienen en común la capacidad de vislumbrar la participación activa de sus actores en la defensa de la patria, bajo las banderas de la resistencia nacional encabezada por Cáceres, una efeméride que los llenaba de orgullo. Análogamente, un testimonio coetáneo a los hechos como el de la esposa del líder de la resistencia nacional, afirmarían sobre los indígenas que pelearon en la serranía peruana:

¡Vieja raza noble, que tan bien sabía comprender la grandeza del deber y del honor! Siempre estuvieron listos a luchar valientemente contra el opresor, sin más defensa que sus primitivas armas. Los departamentos del Centro del Perú son dignos

de toda admiración. Ellos soportaron, con la más grande abnegación y coraje, todo el formidable peso de esa epopeya de La Breña, que a fuerza de heroísmo y sacrificio dejó muy limpio y alto el pendón del Perú. Como peruana y testigo de sus grandes hechos quiero dejar una palabra de cariñosa gratitud a esos queridos indios de las sierras andinas del Centro (Moreno de Cáceres, 1976, p. 81).

En definitiva, el tema de la “cuestión nacional” en el campesinado indígena que participó de manera activa durante la Campaña de la Breña ha sido ampliamente abordado por la historiografía peruana, destacando los aportes de Favre (1964), Bonilla (1980), Manrique (1981) y Mallon (2003) respectivamente. Dicho debate se centró en la mentalidad campesina con relación al “tema nacional” e intentó identificar si su participación militar estuvo enmarcada en una resistencia patriótica al invasor o si constituyó una simple respuesta frente a las vejaciones de este y, por ello, la férrea defensa de sus comunidades, pequeños patrimonios y mujeres. Debiendo considerar que muchos historiadores han generalizado la actitud y el compromiso del contingente indígena durante la Guerra del Pacífico, considerándolo pasivo debido al carácter obligatorio de su participación en las campañas militares y al hecho de ser dependientes de sus autoridades y/o hacendados que los lideraban. Sin embargo, creemos que la participación indígena durante la Guerra de 1879 debe tener en cuenta factores que vayan más allá de la dependencia social y económica para explicar la actitud y el grado de compromiso de la tropa.

Siguiendo a Pereyra (2006), podemos afirmar que la relación entre el campesinado y la “cuestión nacional” dependerá de rasgos locales específicos, tales como el mayor o menor dinamismo económico interno de sus poblaciones, sus relaciones comerciales con la costa, la posición de los curas del pueblo, la fortaleza de sus comunidades, la presencia de grandes, medianas o pequeñas propiedades, sus patrones culturales, la exacerbación o atenuación de relaciones sociales paternalistas y serviles, por señalar los principales. Entonces, considerar lo anterior nos da nuevas luces sobre un notable afloramiento parcial de un sentimiento de “patria” en la mentalidad campesina, que si bien no estaba totalmente madura podía considerarse perfilado (p. 183). Sobre el afloramiento de un patriotismo por las circunstancias de la guerra, el mismo general Cáceres (1883) en su Memoria como Jefe Superior político y militar de los departamentos del Centro consignó:

Pude notar la actitud resuelta de los pueblos, en cuyo espíritu habían operado una transformación radical las torturas á que estaban condenados, convirtiéndolos en huestes guerreras sedientas de sangre chilena, cuando apenas osaban alzar los ojos al cielo para elevar sus plegarias en medio de su infortunio. Por todas partes se levantaban enormes masas de gente decididas al sacrificio, invocando quizá si por primera vez el sagrado nombre de la Patria, que comenzaban á echar de menos, bajo la opresión de sus verdugos, en sus hogares atropellados, en sus familias sin garantías, en sus bienes sin seguridad (p. 15).

No obstante, en contextos distintos y durante la campaña militar, la idea de “patria” apareció también disociada de agresivos contenidos de clase y, más bien envuelta en ropajes de paternalismo. En otros casos, probablemente mayoritarios, estuvo asociada a la defensa de la comunidad, de las chacras, de los animales, de la región geográfica inmediata y de la seguridad de las mujeres. Por otro lado, en otras situaciones, se reflejó un uso más bien superficial y retórico de la idea de patria, con un lenguaje “prestado” que probablemente ocultaba rivalidades de clase, sobre todo con el sector terrateniente, o simples pulsiones delincuenciales expresadas en el deseo de prolongar indefinidamente el desorden de la guerra para lucrarse de él. En último lugar, y por lo general correspondiente a zonas más atrasadas y alejadas, encontramos casos de ausencia de sentimientos de patria acompañados de odios étnicos ciegos contra lo blanco y lo occidental, fuese peruano o extranjero (Pereyra, 2006, p. 182).

En cuanto a la vestimenta del Ejército de la Breña, estos usaron principalmente uniformes de tocuyo azul. Sin embargo, ante la imposibilidad de uniformar a la tropa por razones económicas, muchos vistieron modestamente con las telas que pudieran obtener, pero con un distintivo característico asignado por Cáceres, que consistió en portar una cinta encarnada roja en los sombreros y una cubrenuca blanca. Esto dio origen al kepi rojo que más tarde usaron sus tropas. Entonces, dada la escasez de fondos con los que contaba la jefatura política y militar de los departamentos del Centro, se compró tocuyo asargado azul para confeccionar uniformes para el batallón “Huancayo”, el segundo que se formó, ya que el primero fue el batallón “Jauja” (Greve y Fernández, 2008, p. 71). Sumado a esto, el armamento portado por las tropas breñeras había sido engrosado principalmente por los fusiles sobrantes de anteriores campañas militares, el escaso armamento existente

en las comunidades y el que era recogido después de las escaramuzas con las fuerzas invasoras. Al respecto, Tomás Patiño, prefecto de Huancavelica, en una misiva enviada al general Cáceres, le informó: “Ignoro las bajas del enemigo, sólo he visto con impresión algunas cabezas de ellos en las puntas de las lanzas que los indígenas, traían como trofeos de guerra, y algunos rifles Comblain” (Ahumada Moreno, 1890, t. VII, p. 186).

Mientras tanto, los cuerpos guerrilleros no vestían un uniforme específico, siendo solo reconocibles por el distintivo asignado por el general Cáceres, y estaban armados con algunos pocos fusiles, pero principalmente con cuchillos, mazas, hondas, lanzas, picas o rejonas. A falta de calzado adecuado para la campaña, algunos pellejos de res vacuna eran utilizados para la confección de ojotas. Asimismo, como señala Bulnes (1956, t. III), los cuerpos guerrilleros optaron por tener un corneta en las cumbres de los cerros aledaños a las localidades, el cual daba la alarma cuando se acercaba alguna partida enemiga e, instantáneamente, los pobladores corrían a las alturas donde tenían acopios de galgas o grandes rocas que echaban a rodar en los senderos estrechos al paso de los chilenos (p. 149). Una descripción sobre el armamento y vestimenta de los cuerpos guerrilleros es abordada por parte de Moreno de Cáceres (1976):

Al atardecer del día anterior, había llegado un hermoso regimiento de bravos guerrilleros, armados de lanzas y rejonas, para reforzar a los soldados de línea y a sus compañeros de Yauli. El desfile de esta falange de heroicos jóvenes fue imponente y conmovedor. Llevaban un aire marcial y arrogante, usaban pantalón corto y camiseta gruesa, así como sus bolsas de coca (p. 89).

Sobre la alimentación y manutención otorgada a la tropa regular y los guerrilleros, habría que tener en consideración que una vez asaltadas las principales fuentes de la economía nacional por el enemigo, no podía prometerse ningún alivio económico del gobierno peruano en Arequipa, y siendo necesario procurarse dichos recursos, estos quedaron bajo la estrecha esfera de acción del general Cáceres. Como señala él mismo en su Memoria elevada al gobierno en 1883: “Hube, pues de someterme a la ley imperiosa de la necesidad y dictar medidas tendentes a proveer la pagaduría del ejército de fondos indispensables siquiera para las atenciones más premiosas del servicio” (Cáceres, 1883, p. 25). Dichas medidas económicas de urgencia se reflejarían en la expropiación de tierras fiscales, el óvalo patriótico en dinero o especies de algunas comunidades

o personalidades, y la entrega de vales provisionales para el sostenimiento del ejército.

Entonces, la alimentación suministrada a las tropas dependería de los productos recaudados en algunas localidades, lo comprado a comerciantes serranos o a la solidaridad de las comunidades y hacendados que se sumaban a la causa cacerista, los cuales “de todas partes acudían con subsidios en telas y artículos necesarios para la vida, compartiendo con el soldado el fruto escaso o abundante de sus sudores y economías” (Cáceres, 1883, p. 28). Asimismo, el rancho generalmente estaba a cargo de comisarios designados y consistía en dos comidas diarias de carne de res, carnero o vacuno, papas y chicha de ron de caña en la mañana y en la noche, para mitigar el frío de la puna, además de la hoja de coca con cal en polvo para mitigar la falta de alimentos.

Incluso, como señala Moreno de Cáceres (1976), el mismo líder de la resistencia peruana, se ocupaba personalmente del bienestar de sus soldados, a quienes quería como a sus hijos y se acercaba a la hora del rancho para probarlo y asegurarse que estuviese bien guisado. Los soldados “al ver tal gesto de su jefe, ponían cara alegre y se reían. Le llamaban taita cariñosamente, cuando veían que él tomaba la cuchara y les preguntaba si estaba bien” (Moreno de Cáceres 1976, p. 42). No obstante, a pesar de la relación carismática del general con sus subalternos, esta también estuvo marcada por el rigor militar para mantener la disciplina de sus tropas y evitar la desertión. Además, en determinados momentos se recurrió a la leva forzada para reemplazar a las bajas peruanas producto de la campaña militar, como lo señala un viajero uruguayo presente en las filas chilenas durante dicho contexto:

Para conservar en las filas a esta gente ansiosa de libertad, se desplegaban los más crueles castigos; la menor falta se penaba con el horrible cepo de palo con azotes, que cuyo número fluctuaba entre cien y cuatrocientos y aun quinientos. Sucedió a menudo, que se esperaba la llegada de un rebaño de reclutas, para fusilar una docena de infelices desertores, que abandonaban las filas en un momento de desesperación (De la Isla, 2017, p. 121).

Sobre las duras condiciones de vida de los soldados en la campaña desarrollada en los parajes serranos, hay que considerar además del posible enfrentamiento con las tropas invasoras, el frío inclemente de la puna y la luz solar abrasadora, sumado a las peligrosas marchas y contramarchas por cordilleras y desfiladeros. Por

ejemplo, Cáceres consignaría en sus memorias el fatídico ascenso de sus tropas en la cuesta de Julcamarca y como producto de esta perdió a 412 de sus soldados, bestias de silla y gran parte del material bélico recolectado: “La impetuosidad de la lluvia abría profundas grietas en el terreno, por demás deleznable; y los hombres rodaban hacia el abismo, sin que pudieran ser oídos sus gritos de auxilio, silenciados por el retumbar de los truenos” (Cáceres, 1973, p. 148). Dicho desastre ocasionado por la misma naturaleza mostró a un Cáceres “intensamente afligido, con los ojos humedecidos por lágrimas rebeldes”, el cual “se inclinaba para acariciar y consolar a sus infortunados hijos, hablándoles paternalmente” (Moreno de Cáceres, 1976, p. 59).

En cuanto a la violencia desplegada por las tropas y cuerpos guerrilleros durante la contienda, debemos tener en cuenta que la guerra en sí misma es una forma de violencia entre colectividades, donde los individuos de tropa borran su singularidad y ven legitimado el uso de la fuerza. Por ello, la violencia de carácter bélico estuvo asociada a la muerte del contrario, convirtiéndose así, en un elemento normal, cotidiano e incluso deseado por el bando en pugna. Considerando lo anterior, muchos testimonios chilenos y peruanos narrarían de manera explícita la violencia ejercida por y contra el enemigo, exponiendo su frustración frente al padecimiento de una guerra no convencional. De esta manera, los excombatientes rememorarían episodios crudos y violentos, como el ataque con grandes piedras o “galgas” desde los cerros, la decapitación y desmembramiento de los cadáveres, el corte de puentes de cimbra para ocasionar la muerte por ahogamiento, e incluso, el uso de minas en determinados parajes.

A modo de ejemplo, un corresponsal chileno presente en la acción de Pucará, afirmó haber encontrado un cadáver de un soldado de su ejército “al que se le notó sesenta i ocho lanzazos en el cuerpo” (Ahumada Moreno, 1890, t. VII, p. 188). Por otra parte, un excombatiente peruano y el comandante Ambrosio Salazar consignarían que, en el combate de Concepción, las tropas chilenas se refugiaron en la iglesia con sus mujeres e hijos, ante la superioridad numérica peruana. De tal manera que “cada chileno que trataba de escapar era linchado en el acto” (Martel, 1940, p. 4), entonces los guerrilleros rodearon el convento “y le prendieron fuego por distintos puntos con todo el combustible que ellos mismo se proporcionaron” (Salazar, 2010, p. 213). Es más, un relato de la crudeza de la lucha en la serranía sería detallado por un corresponsal de prensa chileno, quien narrará acerca de la emboscada que sufrieron un

piquete de caballería en el desfiladero de Sierralumi, ubicado antes de llegar al pueblo de Comas:

Los indios les lanzaban desde lo alto una lluvia de piedras impulsadas por hondas, que aquéllos manejaban con destreza, a la vez que enormes galgas, o sea grandes peñascos, rodaban con increíble velocidad sobre las cabezas de nuestros soldados [...] Una de las primeras víctimas fue el capitán Jermain, delegado de la Intendencia. Una piedra de honda lo derribó al suelo dándole en el hombro izquierdo, i segundos después de su caída una galga enorme pasa sobre él i le despedaza el cráneo, haciendo de su cabeza una masa confusa de sangre, tierra, huesos i sustancia cerebral (Ahumada Moreno, 1889, t. VI, p. 491).

De igual manera, es necesario destacar el aporte de la mujer indígena en la resistencia nacional, cuya labor fue heterogénea, desde su rol tradicional y asistencial como rabona hasta constituirse como jefa guerrillera, espía, combatiente e incluso envenenadora. Al mando de fuerzas guerrilleras podemos destacar a Candelaria Estrada, quien junto al comandante Ambrosio Salazar impidieron el ingreso chileno al pueblo de Comas en marzo de 1882. Bartola Vásquez quien fue torturada y ejecutada en Runatullo, Leonor Ordóñez, quien se enfrentó a las tropas chilenas en Muquiyauyo, siendo fusilada por esta acción, o Joaquina Ávila, Valentina Melgar y Rosa Pérez como heroicas defensoras del valle del Mantaro. Sobre la participación indígena femenina, la esposa del general Cáceres les dedicará algunas líneas en sus memorias publicadas.

Las indias del Perú tenían culto por Cáceres; le llamaban taita, como compañeras de los soldados, seguían la campaña, prestando eficaces servicios de enfermeras o atendiendo al lavado de ropa y preparación del rancho. Entre éstas, había algunas muy inteligentes y listas: fingían no saber castellano, cuando iban al campamento chileno, hablando entre ellas solo en quechua, de manera que los enemigos no se cuidaban de ellas, y, mientras les vendían fruta, escuchaban todo lo que aquellos decían (Moreno de Cáceres, 1976, pp. 35-36).

Finalmente, sobre el rol desempeñado como envenenadoras, se tiene el caso documentado de mujeres que pusieron raíces venenosas en el rancho exigido por las tropas chilenas tras el paso por sus comunidades. Mucha de esta información, aún está vigente en la memoria colectiva de las localidades de

la serranía peruana, por ejemplo, un anciano poblador de Huánuco, rescata de su memoria el nombre de Julia Anticono, quien en el caserío de Colpa echó raíces venenosas a los depósitos de chicha. Cuando estuvo lista, “aprovechando de la sed de los invasores, les dio de beber no sin antes beber ella primero tal como le indicó el jefe de aquella partida. Sucedió que ella murió, pero también la totalidad de dichos soldados” (Seraylán, 1983, pp. 1061-1062). Asimismo, la memoria colectiva del pueblo iqueño de San José de los Molinos rescata la historia de la mujer afroperuana Catalina Buendía, quien, tras dirigir la resistencia en su localidad, decide rendirse y ofrecer un vaso de chicha al enemigo. Este solicitó que bebiera primero, para luego hacer lo propio, cayendo todos desplomados tras media hora, habiendo caído en el ardid de la mujer guerrillera.

Discusión

Las investigaciones sobre la Guerra del Pacífico, como hemos visto, en los últimos años han tenido un proceso de marcada renovación teórica y metodológica, transitando del clásico estudio de las estructuras materiales a las de la cultura, la subjetividad de los actores sociales y sus representaciones. No obstante, en la historiografía peruana se encuentran algunos vacíos en torno al ámbito íntimo y subjetivo de la experiencia bélica, la cotidianidad en guerra y las emociones experimentadas por sus protagonistas, a diferencia de su homóloga chilena con algunas excepciones en Mc Evoy (2016), López Chang (2018, 2021) y Rosario (2021). Esto puede justificarse porque, si bien la historiografía peruana cuenta con numerosas investigaciones sobre diversos aspectos de la confrontación, tanto generales como específicos, la perspectiva de los actores del conflicto ha sido relegada en el análisis histórico por una retórica oficialista. Dicha retórica ha creado una “imagen histórica, luego difundida por la escuela, de un claro sesgo ideológico, que, al tiempo que exculpaba a las clases dominantes de su responsabilidad en la catástrofe, transfería ésta a las clases populares” (Manrique, 1986, p. 168). De este modo, la narración histórica de la guerra presenta una narrativa oficialista y selectiva, en la que destacar ciertos rasgos como señales de heroísmo implica silenciar otros, especialmente los errores de quienes son definidos como héroes y deben aparecer “inmaculados” en ese constructo histórico.

Sobre la temática específica de nuestra investigación hemos de resaltar los textos compilatorios de testimonios de excombatientes peruanos y sobrevivientes de la Guerra del Pacífico, quienes

prepararon sus expedientes para una Junta Calificadora que, de acuerdo con su evaluación, les otorgaría un montepío. Entre estos trabajos destacan los de Mendoza Policarpio (2017), Reyes Flores (2018) y Flores Granda (2021). El primer autor rescató 50 expedientes, el segundo aborda tangencialmente 291 y 55 fotografías de ellos en la postguerra, mientras que el tercero analizó 30 expedientes. Si bien, dichas obras nos ofrecen una riqueza documental que permite el abordaje de detalles como los lugares de procedencia de los soldados, los batallones a los cuales pertenecían, su participación en la guerra, entre otros aspectos, carecen de un estudio completo que, a la luz de la historia social y cultural, nos permita explorar las sensibilidades, emociones y cotidianidad de sus protagonistas, militares y civiles.

Conclusiones

Con el estudio de testimonios personales y el análisis de la cotidianidad de los combatientes peruanos durante la Campaña de la Breña en el contexto de la Guerra del Pacífico, se puede comprender mejor la dimensión humana del conflicto. Estos testimonios proporcionan una visión más amplia y personal de los acontecimientos, permitiendo explorar temas que van más allá de la estrategia militar y la política. Sin embargo, es crucial contextualizar y contrastar estos testimonios dentro del desarrollo del conflicto para evitar interpretaciones sesgadas o anecdóticas. En resumen, el estudio de la cotidianidad en la guerra ofrece una perspectiva enriquecedora para comprender la experiencia de los individuos en medio de un conflicto bélico.

La Campaña de la Breña, liderada por el general peruano Andrés Avelino Cáceres, fue una respuesta estratégica y organizada a la ocupación chilena durante la Guerra del Pacífico. A pesar de la caída de la capital peruana en manos chilenas, la resistencia peruana se reagrupó en la serranía para continuar la lucha. Así, el general peruano, aprovechando el terreno montañoso y la hostilidad del ambiente, organizó una resistencia que combinaba tácticas de guerrilla con la formación de un ejército regular. Por otro lado, la brutalidad de las incursiones chilenas en las comunidades peruanas, marcadas por saqueos y violencia indiscriminada, generó un fuerte sentimiento de resistencia y unidad entre los peruanos que Cáceres logró capitalizar en aras de la resistencia nacional.

El análisis detallado de la Campaña de la Breña durante la Guerra del Pacífico revela una compleja interacción de factores históricos, sociales y culturales

que moldearon las experiencias de los participantes en este conflicto. Desde la perspectiva de los excombatientes peruanos, se destaca la participación activa y heroica en la defensa de la patria, evidenciando un fuerte sentido de orgullo y compromiso con la resistencia nacional liderada por el general Cáceres. Además, al examinar las condiciones de vida de las tropas y cuerpos guerrilleros en los ásperos parajes de la serranía, así como las estrategias de abastecimiento y la violencia desplegada durante la contienda, nos permite valorar el sacrificio y la valentía de una generación de peruanos en los campos de batalla.

Fuente de financiamiento: Investigación enmarcada dentro del proyecto: “Los combatientes peruanos durante la Guerra del Pacífico, 1879-1883: Testimonios, experiencias y vida cotidiana en campaña”, financiada por la Universidad Nacional Federico Villarreal (Resolución R. No 1078-2017-UNFV).

Conflicto de interés: El autor del artículo declara que no existe ningún potencial conflicto de interés relacionado con el mismo.

Referencias

- Ahumada Moreno, P. (1889). Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a la luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Imprenta i Lib. Americana, T. VI.
- Ahumada Moreno, P. (1890). Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a la luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Imprenta i Lib. Americana, T. VII.
- Basadre, J. (2015) Historia de la República del Perú 1822-1933. Editorial Universitaria, T. IX-X.
- Bonilla, H. (1980). Un siglo a la deriva. Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra. Instituto de Estudios Peruanos.
- Bulnes, G. (1956). Guerra del Pacífico. Editorial del Pacífico S.A, Vol. III.
- Cáceres, A. (1883). Memoria que el Jefe Superior, Político y Militar de los departamentos del Centro, general de brigada D. Andrés Avelino Cáceres, presenta al Supremo Gobierno, por el período de tiempo que desempeña ese cargo, que le fue conferido en 25 de abril de 1881. Imprenta del Estado.
- Cáceres, A. (1973). Memorias de la Guerra del 79. Editorial Milla Batres S.A.
- Cáceres, Z. (1921). La Campaña de la Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres. Imprenta Americana.
- Carrera, E. (2015). El miedo en la historia: testimonios de la Gran Guerra. *Rúbrica Contemporánea*, Vol. 14(7), pp. 47-66. <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.79>
- Castro, A. (1982). Los guerrilleros de Chupaca en la Guerra con Chile. Castro Vásquez.
- Chaupis, J. (2024) “Cotidianidad y emocionalidad jurídica en las querellas por injurias durante la ocupación chilena de Lima”. En Ministerio de Cultura del Perú (Ed.) Congreso Nacional de Historia Bicentenario. (pp. 127-140). Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú, T. 2.
- Chaupis, J. y Tapia, C. (Eds.) (2018) La Guerra del Pacífico 1879-1884: Ampliando las miradas en la historiografía chileno peruana. Legatum Editores.
- Coronado, D. (2012). Sois vosotros valientes héroes. Somos nosotros simples humanos: La experiencia de la Guerra del Pacífico en los testimonios de los actores. *Revista Electrónica de Historia*, 13(1), pp. 29-59.
- De la Isla, J. (2017). Diario de un viajero uruguayo en el campamento de la Sierra. Olivares Castro.
- Del Canto, E. (2004). Memorias militares. Centro de Estudios Bicentenario.
- Dellepiane, C. (1941) Historia Militar del Perú. Taller Gráfico de Luis Bernard Giribone, T. II.
- Favre, H. (1964). Evolución y situación de las haciendas en la región de Huancavelica, Perú. *Revista del Museo Nacional*, tomo XXXIII, pp. 237-257.
- Flores Carreño, I. (2018). Vida cotidiana y violencia durante la guerra de independencia. Guanajuato y Michoacán, 1800-1830. *Fórum Cultural Guanajuato*, 2018.
- Flores Granda, J. (2021). Crónicas y testimonios de los veteranos de la Guerra del Pacífico (edición Kindle). Amazon Publishing. <https://www.amazon.com/dp/Bo9HZMW2FH>
- Gonzalbo, P. (2009). Introducción a la historia de la vida cotidiana. El Colegio de México.
- González, C. (2019) “Cicatrices en el alma. Las consecuencias emocionales de la experiencia bélica de los combatientes chilenos de la Guerra del Pacífico (1879-1884)”. *Revista de Historia*, Vol. 26, pp. 7-28.

- González, C. y Llantén, N. (2024) "El genio de la matanza. Los soldados chilenos y la violencia del combate en la Guerra del Pacífico". *Histórica*, 47(2), pp. 129-156.
- Greve, P y Fernández, C. (2008). *Uniformes de la Guerra del Pacífico. Las campañas terrestres 1879-1884*. Partizan Press.
- Guzmán Palomino, L. (2000). *Cáceres y La Breña. Compendio Histórico y Colección Documental. Orden de la Legión Mariscal Cáceres*, Universidad Alas Peruanas.
- Ibarra, P. (2018). Narro lo que ví: La Guerra del Pacífico en primera persona. En J. Chaupis, J. y C. Tapia (Eds.), *La Guerra del Pacífico 1879-1884: Ampliando las miradas en la historiografía chileno peruana* (pp. 213-233). Legatum Editores.
- Ibarra, P. (2020). Nuestra vida es tan sobria como la de un espartano: La cotidianidad de los soldados chilenos en el desierto de Atacama en la Guerra del Pacífico. *Noviembre 1879 – Abril 1880. Historia Unisinos*, 24, pp. 84-95.
- Ibarra, P. y Morong, G. (Eds.) (2018) *Relecturas de la Guerra del Pacífico. Avances y perspectivas*. UBO Ediciones.
- Keegan, J. (2013). *El rostro de la batalla*. Turner Publicaciones S.L.
- López Chang, A. (2018). Con el fusil al hombro: Aproximaciones a la vida cotidiana y experiencias de los soldados indígenas peruanos durante la Campaña del Sur, 1879-1880. *Cuadernos de Marte*, Año 9, No 15, pp. 43-79.
- López Chang, A. (2021). ¡Ojalá no tuviéramos un nuevo Tarapacá!: La cotidianidad del soldado chileno en la serranía peruana durante la Guerra del Pacífico (abril 1881 – julio 1883). *Revista Universitaria De Historia Militar*, Vol. 10(21), pp. 206–230. <https://doi.org/10.53351/ruhm.v10i21.805>
- Mallon, F. (1990). Coaliciones nacionalistas y antiestales en la Guerra del Pacífico: Junín y Cajamarca, 1879-1902. En S. Stern (Comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVII al XX* (pp. 219-260). Instituto de Estudios Peruanos.
- Mallon, F. (2003). *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*. CIESAS, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.
- Manrique, N. (1981). *Las guerrillas indígenas en la Guerra con Chile*. Centro de Investigación y Capacitación.
- Manrique, N. (1986) "Campesinado, guerra y conciencia nacional". *Revista Andina*, Año 4, No1, 161-170.
- Martel, E. (27 de setiembre de 1940). Legajo personal de Esteban Martel Meza. Área de Genealogía y Doctrina, Caja M-4. Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares.
- Martínez, J. (9 de enero de 1940). Legajo personal de José Martínez Arbulú. Área de Genealogía y Doctrina, Caja M-1. Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares.
- Mc Evoy, C. (2016). *Guerreros civilizadores, Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Fondo Editorial PUCP.
- Meneses, M. (setiembre de 1950). Legajo personal de Mariano Meneses Vela. Área de Genealogía y Doctrina, Caja M-3. Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares.
- Milón Duarte, L. (1983). *Exposición que dirige el Coronel Duarte a los hombres de bien: con revelaciones importantísimas sobre la ocupación enemiga (de 1879 a 1884)*. Imprenta Sono Viso.
- Moreno de Cáceres, A. (1976). *Recuerdos de la Campaña de la Breña (1881-1883)*. Editorial Milla Batres S.A.
- Paz Soldán, M. (1979) *Narración Histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Editorial Milla Batres, T. I-III.
- Pereyra, H. (2006). *Andrés A. Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883)*. Asamblea Nacional de Rectores.
- Rosario, E. (2021). *Lima tomada. Vida cotidiana durante la guerra con Chile 1879-1883*. Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Salazar, A. (2010). *La verdadera Memoria del comandante Ambrosio Salazar, vencedor de Sierralumi y Concepción*. En L. Guzmán Palomino (Ed.), *La primera Memoria de Cáceres y otros documentos relativos a la Campaña de la Breña, 1881-1884* (pp. 209-215). Orden de la Legión Mariscal Cáceres, Universidad Alas Peruanas.
- Seraylan, A. (1983). *Tradición Oral*. En Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (Comp.), *Huamachuco y el alma nacional* (pp. 963-1072). T. III, Vol. II. Ministerio de Guerra.